

III.—SER E HISTORIA

AL CABO DE MÁS DE CIEN AÑOS

↳ Esta primera guerra civil de España terminó, pues, victoriosamente para las armas realistas, que representaban la tradición católico-monárquica característicamente nacional.

Fernando VII, liberado del Poder constitucional, pudo decir en su primer Decreto el mismo día 1.º de octubre: "Sentado otra vez en el Trono de San Fernando por gracia especial del Omnipotente, deseando proveer de remedio a las más urgentes necesidades de mis pueblos, declaro nulos y de ningún valor todos los actos del Gobierno llamado constitucional que ha dominado a mis pueblos desde el 7 de marzo de 1820, declarando como declaró que en tal época he carecido de libertad..." (1). Y el cronista de la guerra en Navarra termina su narración con las palabras del salmista: "*A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris*".

(1) Decreto inicial dado en Puerto de Santa María el 1.º de octubre de 1823.

⟨ Sin embargo, hoy no podemos menos de sonreír amargamente ante la ingenuidad confiada del párroco de Uztárroz, que creía decidida ya para siempre *la estabilidad de la Religión y del Trono* y, con ella, *la paz y felicidad general de la España*, y abortada y definitivamente muerta la revolución política y social del Liberalismo. ⟩

⟨ Las ideas y la subversión política que combatieron nuestros realistas se impusieron al cabo, y desde ese momento no ha existido ya en España continuidad política estable ni ha sobrevivido ningún prestigio institucional, sino que, con breves y heterogéneos períodos de paz y prosperidad, se han sucedido entre nosotros las luchas intestinas y las revoluciones sangrientas. Y es tanto lo que hemos avanzado, que aquella Constitución, contra la que se alzaron nuestros antepasados, parecería hoy la más inocente y conservadora del mundo. ⟩

El período que hemos historiado se corresponde en la Historia Universal con el intento de reordenación de Europa que se llamó la Santa Alianza. Se reunieron en Viena los más poderosos monarcas de Europa, acordando derribar los Gobiernos revolucionarios y reponer las anteriores monarquías; pocos años más tarde se reunían en Barasoain cinco personas de prestigio en Navarra y acordaban derribar el Régimen constitucional y restablecer el antiguo Gobierno monárquico religioso. Ambos movimientos —realismo español y Liga Santa— triunfaron por el momento y creyeron haber restablecido definitivamente un orden tradicional que había sido momentáneamente alterado por la Revolución Francesa y el Imperio napoleónico. Sin embargo, hoy nos aparecen como dos ya lejanos episodios perdidos

en el complicadísimo acontecer de la historia contemporánea.

Ambos, no obstante, tienen para la filosofía de la historia moderna una posición límite. La idea de la Santa Alianza, con su invocación a la Santísima Trinidad, su reconocimiento del Evangelio como una fuente de verdades permanentes frente a la confusión creada por el racionalismo, y su imperativo de tratarse los reyes como hermanos y a los súbditos como hijos, representa el momento único en que las antiguas monarquías históricas tuvieron conciencia de sí mismas y de su significación y solidaridad. Es cierto que el intento tuvo que partir de un mundo religiosamente escindido —y también lo es que conllevó muchos intereses meramente nacionales y transitorios—; pero, en su estructura fundamental, fué el último intento habido en Europa de restablecer un orden internacional sobre bases políticamente ortodoxas y universalmente aceptables.

⟨ Aquella primera resistencia realista en España tuvo el mismo sentido de autoconciencia monárquica y de vértice o límite entre un régimen de estabilidad política apoyado en la idea del derecho natural, y otro que podríamos llamar *de opinión* representado por las sucesivas evoluciones de la teoría del pacto social. Pero, surgida de un ambiente religiosamente homogéneo y en el seno de una Monarquía que había identificado, en cierto modo, su misión histórica con la causa católica, aquella primera lucha no se redujo, como la Santa Alianza, a un intento en colaboración desbordado por los hechos, sino que constituyó la iniciación de una ejecutoria que —aunque asociada con otros motivos— se prolonga hasta nuestros días.⟩

Es decir, que, aunque aquella primera guerra civil de España sea hoy desconocida para el que no sea erudito o especialista de Historia, la escisión que representa y el espíritu que la animó vive y actúa aún entre nosotros hasta constituir todavía hoy nuestro problema nacional. >



EL ESPÍRITU DE LA ILUSTRACIÓN

Las guerras civiles del siglo pasado —los alzamientos realistas— han sido incomprendidos y, dentro de lo posible, silenciados por la historiografía de su tiempo. Durante muchos años se ha explicado la historia contemporánea de España en nuestras Universidades como una sucesión de ministerios y constituciones. Y las guerras del Norte no merecían más que unas alusiones de soslayo, hechas generalmente con motivo de las alteraciones políticas a que daban lugar.

A partir de la caída del “antiguo Régimen” y del establecimiento en pleno *siglo de las luces* de un Gobierno *filantrópico e ilustrado*, el historiador de la época exigía para el futuro un ordenado desenvolvimiento, constitucional y racionalmente estructurado. Y nada podía alterar más vivamente sus categorías que estos alzamientos en nombre de “creencias superadas” y de “instituciones medievales”. La guerra de 1821 tuvo que ser objeto particular de sus iras: ante todo, por su carácter puramente religioso e ideológico

difícilmente tergiversable con motivos circunstanciales; en segundo lugar, porque, escamoteándola, aparecería la entrada de los *Cien Mil Hijos de San Luis* como un injustificable ataque contra la soberanía de un Estado libre y democráticamente constituido, en vez de la ayuda solicitada por un bando en lucha civil contra un Gobierno violentamente instaurado por una defección militar.

Estas luchas fueron, en cierto modo, una rebelión de la *razón histórica* contra la *razón iluminista*. Mucho se ha hablado del "absolutismo" de los últimos Borbones, contraponiéndolo al espíritu representativo y popular de la primitiva Monarquía española. No voy a negar aquí la decadencia en que a principios del siglo pasado se hallaba el régimen representativo en España, ni las tendencias autoritarias que en el Gobierno y en la Corte se dejaban sentir; pero en la realidad nada de esto llegaba al pueblo, que mantenía su misma libertad práctica y seguía viendo en el Monarca la personificación de cuanto sintiera y aclamara a través de su historia. Y, de hecho, a pesar de las tendencias enciclopedistas dominantes en la Corte, pueblo y Monarquía habían luchado unidos en 1793 contra la Revolución Francesa; y en 1808, a pesar de las torpezas y claudicaciones de Bayona, el pueblo en armas no adoptó más que una bandera ni tuvo más que una aspiración política: la Monarquía y, en ella, la Casa de Borbón, sus legítimos Soberanos. Tras de apurar todos los sufrimientos, los españoles de la Independencia aclamaron, como es sabido, a Fernando VII con un entusiasmo no igualado en la historia de ningún otro pueblo.

Siguiendo una imagen de Sainte Beuve, cabría comparar aquella Monarquía con un árbol muy viejo que en otro

tiempo lo protegía todo con su sombra y aun entonces sostenía entre sus brazos muchas cosas humanas y divinas de las que, sin duda, no era consciente. Los pájaros disponían sus nidos hacia tiempo en el follaje de este árbol antiquísimo. Muchos conductos y cavidades fueron pacíficamente practicados en sus raíces, aunque entre ellas hubiesen hecho las zorras sus madrigueras. Entre los brazos y los pies de la centenaria encina se había formado un mundo muy complejo... Indudablemente había ramas muertas; pero el árbol no podía caer sin destruir millares de vidas y quizá lo más profundo: el aglutinante último del pueblo español.

La savia del árbol, la unidad profunda de aquel mundo heterogéneo era el espíritu cristiano-católico y el respeto al Rey, o, mejor aún, una muy especial síntesis de ambos sentimientos en la que el Rey aparecía a los ojos del pueblo como representante de Dios, y la defensa del Catolicismo como la misión especial de aquella Monarquía. Todo esto sentido de una manera íntima, sencilla, casi inconsciente, sin metafísicas y rara vez expreso.

La Revolución Francesa vino a ser, como producto cultural, la antítesis de lo que, en un orden universal, representaba aquella vieja y ya decadente Monarquía. Pretendió ser el intento audaz de construir el mecanismo perfecto del mundo de los hombres con los solos medios de la Razón humana. Esto, aunque oscura e instintivamente, fué visto por nuestros compatriotas de la época, y la antítesis hirió íntimamente al español de 1793, al de la Independencia, al voluntario realista.

En un cuadro de la época, el más conocido retrato del coronel Quiroga, colaborador de Riego en la sublevación

de 1820, se acertó a simbolizar con la mayor expresividad esa antítesis: Quiroga, hombre de luces, sostiene un libro en cuya cubierta aparece la palabra *Constitución*, mientras arroja al fuego otro en que se lee: *Inquisición*. Quizá nada pueda simbolizar tan adecuadamente aquel antiguo Régimen y su profunda unidad religioso-política como ese Tribunal eclesiástico-civil: él velaba por el mantenimiento de esa *unidad en lo esencial* que hacía posible la vida armónica de aquella gran comunidad de voluntades —casi anárquica por lo demás— en que la represión y la intervención estatal eran mínimas, y casi todo quedaba a la iniciativa de los hombres y de los grupos y a la modelación de la Historia. El nuevo movimiento, por otra parte, se simbolizaba también con propiedad en la *Constitución*, aquel código *sabio y definitivo* con que los espíritus ilustrados pensaban estructurar la vida de los pueblos según patrones racionales.

El espíritu de la Revolución Francesa encontró su mejor sistematizador, años más tarde, en Augusto Comte, el fundador del Positivismo. Supuso este filósofo que la historia de la Humanidad ha atravesado dos períodos, dominados por unas pseudo-ciencias fantasmales: la Teología y la Metafísica; pero que, en su tiempo, mediante su propia obra, entraba en un período real y definitivo: el período *positivo* o científico de la Humanidad. Todo producto cultural no justificado racionalmente debía ser desechado. Más aún, había de romperse con el pasado y organizar el futuro reemplazando la fe, las tradiciones y las concepciones filosóficas —las grandes fuerzas históricas del pasado— por la ciencia positiva. La sociedad, y aun la Religión, podrán ser objeto de una concepción racional *a priori* planeada por él mismo. La Sociología, concebida como una ciencia positiva

más, coronaría el edificio del saber y tendría un papel semejante al de la extinguida Filosofía. En Política, como es sabido, propugnó un Estado autoritario que con mano fuerte evitara toda desviación del seguro camino emprendido, con lo que previó el Socialismo como salida natural del Liberalismo; y en Religión pretendió fundar el culto a la diosa Humanidad, con ritual inspirado en el cristiano. El *Progreso* sería la marcha del hombre hacia un estado de omnisciencia, cumbre de la nueva era histórica que había fundamentado (1).

Ya antes que Comte, el inglés Jeremías Bentham, fundador de aquel gran intento de racionalizar y despojar de toda instancia superior a la moral, que se llamó Utilitarismo, había supuesto, con el ingenuo optimismo de la época, que para la Humanidad había llegado el momento de romper con todo el pasado y organizarse racional y atemporalmente. En la ética utilitaria desaparecerá toda norma o voluntad superior, todo misterio, toda tensión o lucha interna: el hombre, naturalmente bueno por principio, apetece, por principio también, el placer, el verdadero placer. Ser moral, poseer la virtud básica de la *prudencia*, consistirá simplemente en aplicar con facilidad, de un golpe de vista, la "aritmética de los placeres" en que éstos se jerarquizan atendiendo a su intensidad, duración, distancia, etc. Esta virtud de la prudencia se complementará con la *benevolencia*, que desea el bien del mayor número. Dickens realizó una cariñosa caricatura del utilitarista inglés en Mr. Pickwick, el "*filantrópico observador de la naturaleza humana*" que gozaba con la satisfacción de los demás.

(1) Vid. COMTE, A. Discurso sobre el espíritu positivo.

Jeremías Bentham fué, precisamente, el más destacado doctrinario liberal de la época, al que los países americanos, que a la sazón se constituían en “pueblos libres y democráticas”, solicitaban *Constituciones políticas*, códigos racionales, que él se apresuraba a redactar con el perfecto apriorismo de un racionalista, sin moverse de Inglaterra. Él mismo se ofreció a las Cortes españolas para redactar un completo código de leyes, en carta que fué leída en la sesión del 20 de octubre de 1820. Al final de su vida escribió un ensayo sobre la revolución española de 1820, y el proyecto de Código Legal, bajo el título de *Ensayo sobre la situación política de España*, publicado en 1823.

Es curioso observar en este pequeño tratado (1), como en general en la historiografía de esa época, que el dictado con que más frecuentemente se califica a la oposición realista es el de “fuerzas de la *arbitrariedad* y la *ignorancia*”. La fuente, como hemos visto, califica a los ejércitos realistas de “*ignorantes* hordas”, y el conde de Toreno, con su desdén de aristócrata ilustrado, nos habla de una *singular demagogia*, expresando así su sorpresa de que existan gentes que se opongan a una estructuración racional de la nación, a una Constitución filantrópica que garantizaría por los siglos la libertad y felicidad de todos. Es la misma admiración tantas veces mostrada por Napoleón ante el hecho de que los pueblos se alzasen en nombre de su historia contra el imperio que instauraría universalmente la Razón y la Libertad. Así también, la orden para reimprimir la Constitución de 1812 apoya tal decisión en “la necesidad de de-

(1) BENTHAM, J. *Essais sur la situation politique de l'Espagne*. (Oeuvres c.) E. Bruxelles, 1830. Vid., por ejemplo, págs. 190 y ss.

do el espíritu *revolucionario*, que no es otra cosa que el pueril empeño de racionalizar de una vez para siempre las formas irracionales de vida legadas por las generaciones anteriores”.



LA TRADICIÓN

La erudición histórica de esta época separa el auténtico sujeto histórico del objeto de su investigación. Y sustituye la tradición histórica concreta de un pueblo, el hombre histórico, por la razón pura, por el sujeto abstracto e ideal. De esta inspiración proceden aquellas versiones puramente constitucionales y jurídicas de la Historia de España que hemos observado. En ellas se ignora, quizá inconscientemente y debido a arraigadísimos prejuicios, la corriente que enlaza y confiere sentido profundo a los hechos que allí se relatan desde fuera y de pasada.

La Historia —apunta Berdiaeff— es incomprendible si no nos adaptamos a la tradición histórica —esa profunda vida colectiva *quasi personal*— que en tan estrecha unión se halla con la memoria histórica (1). Aquí se ata el nudo que reúne, en lo más hondo, el destino espiritual del hombre y el destino de la Historia. Las grandes épocas históricas —la del Renacimiento, la del florecimiento de la cultura medie-

(1) BERDIAEFF. *El sentido de la Historia*. I.

val, la del primer cristianismo, la del apogeo de la cultura helénica— son otras tantas épocas que no pueden comprenderse si no se sigue la ruta trazada por la memoria histórica, a través de cuyas revelaciones aparece el pasado espiritual nuestro, nuestra propia cultura espiritual, nuestra Patria. Debemos transportar nuestro destino espiritual a todas las grandes épocas para llegar a conocerlas. Situándonos *fuera* y considerándolas *exteriormente* nos aparecen como cosas muertas por dentro, faltas de sentido y valor.

Solamente la historia tratada por quien vive aún de alguna manera el impulso interno y el espíritu de los hechos investigados, es decir, la *historia con amor*, puede reflejarlos en su vida auténtica. Únicamente la razón en estas condiciones llega a la claridad interior que existe en cada una de aquellas épocas: “Sólo una tal inteligencia es realmente luminosa, ilustrada y capaz de ilustrar. En cambio, la razón *iluminista* es una razón estrecha, interiormente inadaptada y pobre, apartada de la mayoría de los misterios que contiene la vida histórica”.

Nuestra época ha reaccionado en todos los órdenes de la vida y de la cultura contra este espíritu de la Ilustración, y “hemos regresado —en frase del mismo Berdiaeff— a cuanto persiguiera y destruyera el Iluminismo, hacia los mitos y las tradiciones de la antigüedad histórica”. La existencia ha vuelto a tener para nosotros un sentido profundo, primario e irreductible al orden racional, y nuestra actitud cognoscitiva se ha hecho otra vez cargo de su humildad y limitación.

Ya no tenemos tampoco las ilusiones del viejo Kant cuando, en los últimos años del siglo XVIII, mientras los

españoles luchaban contra la Revolución Francesa, iba diariamente a esperar el correo de Francia, aquel país que “se había alzado decidido a constituirse conforme a los principios racionales de libertad, igualdad y justicia” (1), y escribía su tratado de *La Paz perpetua*. Ni siquiera conservamos ya la más vaga esperanza pacifista que siguió a la guerra europea de 1914. Hoy no creen en tales cosas ni los que hablan o escriben sobre el futuro orden y seguridad mundiales. Y añoramos aquella paz relativa y nunca por siempre asegurada que, para este *valle de lágrimas*, nos ofrecía el Catolicismo con su *armonía espiritual de la Cristiandad*.

También pasaron los tiempos en que se creía en un *progreso* indefinido de la Humanidad; en el que ésta, avanzando siempre, se elevaría a unas alturas indeterminadas y extrañas. Según este ideal, cada generación, sin finalidad propia—ni mucho menos de sus individuos—, se convertiría en un instrumento para alcanzar la perfección omnisciente del hombre futuro, en la que ella para nada había de participar. Hoy, después de más de cien años de la era *definitiva y progresiva* de Comte, sabemos de retrocesos espirituales y de trágicas luchas inmanentes sin finalidad progresiva. Y buscamos como nunca la fe en un destino personal y en otro colectivo —pero ambos trascendentes— que confieran sentido y esperanza a nuestra vida.

Esta reacción se verifica, en primer lugar, en el campo filosófico con la percepción de la *existencia* como un hecho radical, irreductible a la pura esencialidad del pensamiento racional; la sensación angustiosa de habitar un Universo cuya esencia más profunda desconocemos, cuyo origen y fin

(1) KANT. *La paz perpetua*. Madrid, Calpe, 1933, prólogo.

últimos resultan inasequibles para la Ciencia y la Filosofía. No es otro el motivo originario del tan divulgado *existencialismo* de hoy. En el orden científico, en segundo lugar, los nuevos descubrimientos han llevado a encontrar una misteriosa *indeterminación* en el seno de los fenómenos naturales que aparecen así preñados de contingencia, y a la conclusión de que la naturaleza “aborrece la exactitud y la determinación necesaria sobre todas las cosas”.

El hombre no llegó a sentirse dueño —y quizá ahora menos que nunca— del mundo en que vive. Sus concepciones deterministas y aquel optimismo de la Ilustración, lo mismo que su organización racional y apriorística de la sociedad, parecen haber fracasado en nuestro tiempo. Al menos, la filosofía *positiva* no nos ha proporcionado un más adecuado conocimiento de la realidad, ni la Ciencia nos ha servido para dominar el mundo, ni el ambiente creado se adapta mejor a nuestro ser, ni su industria nos ha hecho más fuertes o menos indigentes, ni su organización política y social más felices o seguros. Y las Constituciones políticas que, “para un gobierno definitivo hasta las generaciones más remotas”, idearon nuestros abuelos, no han pasado de un episodio superado en la historia de los pueblos.

Cuanto destruyó la crítica racionalista —creencias, filosofía constructiva, tradiciones— nos resulta hoy más necesario que nunca; y los acontecimientos universales corren ahora aún más ajenos que antes a la previsión y voluntad de los hombres.

La sistematización de la Historia —el intento de reducirla a un relato constitucional— fué lo primero en fracasar de cuanto intentó la Ilustración, por ser la Historia la esfera propia de lo existencial. Pronto se vió —escribe Gar-

cía Morente— que el empeño era contradictorio, que un acontecer sistemático no es un acontecer histórico. “Por amplias y flexibles que sean las mallas de un esquema racional, nunca podrán caer en ellas las inimaginables posibilidades que se nos ofrecen en la realidad histórica. Los intentos de sistematizar racionalmente la Historia, condujeron necesariamente a *deshistorificarla*”.

La realidad histórica es esencialmente realidad humana. El mundo material, y en general todos los órdenes de la realidad inferiores al hombre, tienen un dinamismo captable de modo universal y necesario por la Ciencia, y sus realizaciones concretas —que son meras repeticiones— no interesan: carecen de historia. Pero la realidad humana, como espiritual, es libre, y está abierta a posibilidades ilimitadas cuyo estudio concreto constituye la Historia.

En el mundo material, todo cambio procede de una fuerza exterior, y, teóricamente al menos, puede imaginarse un proceso inverso que vuelva las cosas al punto exacto de partida. Más aún: la Ciencia supone que todo cambio procede de la complicación o choque de unos elementos incambiables, permanentes: la molécula, el átomo, el corpúsculo. El tiempo es, pues, algo extrínseco a esta realidad: tan sólo un medio en el cual suceden sus procesos.

En la realidad espiritual el cambio y la duración son completamente distintos. Nuestro modo de durar no es un estado que sustituye a otro como en el mundo de los cuerpos; con ello no habría más que presente, y no prolongación de lo pasado en lo actual, ni evolución ni duración auténtica (1). Nuestra vida espiritual es un fluir continuo

(1) Vid.: BERGSON. *Essai sur les données immédiates de la Conscience*.

que podemos calificar de *acumulativo*, en cuanto que cada momento se matiza del anterior y se prolonga en el siguiente, acrecentándose al avanzar y permaneciendo indefinidamente. Cada momento de nuestra vida espiritual es una condensación de nuestro pasado que actúa sobre él de modo original y sintético. *Nuestro* tiempo es, así, algo real, identificado con nuestra propia duración; y también irreversible, al contrario de lo que sucede, por ejemplo, en los procesos físicos o químicos.

El devenir histórico es del mismo género: como obra de los hombres, su duración es espiritual y, por tanto, acumulativa. Ella constituye la vida supraindividual de los pueblos y unidades culturales trascendentes. Y esta especial duración histórica es, precisamente, lo que llamamos *tradicción* (1). Dentro de ella, todos los productos históricos llevan el sello de la evolución a que pertenecen, de forma que en el más simple de ellos puede verse reflejada, en cierto modo, la evolución entera. Y el carácter de sus individualidades y el sentido de su ejecutoria no es, en un aspecto, sino la condensación de su pasado histórico, que gravita sobre ellos preformando y confirmando sentido a su vida y sus actos.

Insertarse, aunque sea momentáneamente, en ese impulso tradicional, interno y espiritual de la vida de los pueblos, es el único modo posible de conocerlos y hacer su historia. Porque los hechos particulares, por su misma individualidad, pueden ser objeto de muy diferentes interpretaciones y son inseparables de su espíritu creador. Esta

(1) Vid. mi ensayo *El concepto de Tradición en la filosofía actual*. Rev. "Arbor", núm. 9.

es, cabalmente, la causa de la deshumanización e ininteligibilidad de nuestra historia contemporánea en la mayoría de los manuales de uso corriente: la separación de los hechos históricos del sujeto que evoluciona, porque se ha pretendido sustituir a éste —concreto e histórico— por el abstracto de la Razón pura, y someter aquéllos a las categorías de éste.



EL SENTIDO DE LA HISTORIA

El pensamiento ilustrado de esta época no es —como se deduce— aquella sabiduría compenetrada con la profunda inteligencia de la Historia Universal, continuadora de la obra tradicional de una cultura histórica, sino que se aparta esencialmente de la Historia misma pretendiendo convertirse en su árbitro. “En el criticismo —dice Berdiaeff— sentimos como si se nos escapara algo oculto, pero real. Se desvanece algo misterioso y primordial, algo que ya nos fué dado en las tradiciones, en esa íntima adaptabilidad del sujeto al objeto”.

La Historia tiene, efectivamente, una sustancia irreducible a categorías racionales, que es precisamente el principio de la libertad, por el que el hombre puede apartarse de las fuentes superiores del bien y de la razón para luego regresar a ellas. La Historia será así una manifestación libre de las potencias espirituales, humanas. Por lo cual, el verdadero sentido que hemos de otorgar a la tradición es el de una libre e íntima unión entre el sujeto y la evolución histórica,

unión que no es extrínseca ni impuesta, sino por esencia inmanente.

Las tesis historiográficas de los dos últimos siglos contraponen lo metafísico histórico a los hechos históricos, el sujeto que evoluciona a los acontecimientos en que se halla envuelto. Pero esta contraposición no es lícita: ¿Qué somos, en un aspecto, sino una condensación de cuanto hemos vivido y de cuanto han hecho y pensado nuestros antepasados? No se puede negar la existencia en nosotros, en cuanto individuos, de un dato caracterológico inicial y personal, ni, en cuanto hombres, de un contenido esencial; pero no es menos cierto que, como se dice en la Escritura, "hemos de ganar nuestro ser en la vida", es decir, en la Historia. Metafísica histórica y hechos reales no se contrapondrán, pues, sino que deberán compenetrarse y completarse. "Lo histórico —según Berdiaeff— tiene un significado profundamente ontológico por su esencia misma y no extrínseco. Lo histórico se adentra en lo más hondo de la existencia, en sus fundamentos mismos, hasta ser en cierto modo una revelación de lo más profundo de la realidad universal".

Por ello, si se quiere penetrar más profundamente en lo histórico, es decir, hacer filosofía de la Historia, será preciso partir de una identificación entre los hechos históricos y el sujeto humano que es su autor. Sólo compenetrándose con la Historia misma, contemplándola *desde dentro* y considerándola como algo profundamente propio, se puede penetrar en el nervio vivo que enlaza y depara sentido a todos sus *hechos* y productos. Del mismo modo que nos sería imposible conocer a una persona si no formase, por la memoria, un todo unido y continuo a través del tiempo, no podemos penetrar en lo histórico si no es intro-

duciéndonos de lleno en la *memoria histórica*, que es, precisamente, la tradición.

Y aquí tocamos la explicación de la extraña insuficiencia que encontramos en nuestros tratados de historia de España contemporánea. Quienes consideran los hechos históricos como algo extrínseco y superable por la razón pura, habrán de concebir la Historia como un mero anuario constitucional deshumanizado, y a las verdaderas luchas populares como las oscuras fuerzas de lo irracional, de la ignorancia y de la rutina, que no tendrán más sentido que el de dificultades a la nueva estructuración racionalista.

Mas, como se deduce, otra y bien distinta es la historia moderna de España que está por escribirse: la historia de España vista *desde dentro*, que penetre, en cuanto posible sea, ese *algo oculto, pero real* que nos escamoteó el criticismo ilustrado.

¿Puede hablarse de una conexión de sentido a lo largo de nuestra turbulenta historia contemporánea o se trata de una composición de fuerzas heterogéneas que se sustrae a esa categoría de sentido? Si éste existiera y pudiera perseguirse a través de ella, ¿coincidirá con el espíritu que animó durante su historia secular a nuestro pueblo? ¿Cabrá, pues, hablar de una continuidad espiritual en el desenvolvimiento histórico de nuestra Patria?

Sobre estos problemas quisiera ensayar algún juicio apoyándome en los momentos iniciales del período que hemos tratado. Creo —en justificación de mi intento— que no podrían darse mejores condiciones que las actuales para la formación de una filosofía de la historia moderna de España: el ciclo de luchas religioso-políticas de que era eslabón la guerra que hemos historiado, culminó quizá en nuestra

última guerra civil. Hoy podríamos ver el ciclo completo, y aun estar a la suficiente distancia para poder alcanzar una perspectiva histórica. La crisis espiritual y política del mundo puede hacer especialmente fecunda esta meditación. Ningún momento, pues, como el presente para hacer alto en el camino y reflexionar.

